

SUMARIO

Enseñanzas provechosas.—Las ametralladoras, por **M. Vicente Arcones**, capitán de Infantería.—Un nuevo tipo de alambrada, aplicado en la Manchuria, por **Juan Avilés**, teniente coronel de Ingenieros.—El moderno combate de infantería.—La fortificación rápida y las tropas de infantería.—Temas para las maniobras de infantería y caballería.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

- Pliego 16 de **El tiro colectivo**, por **A. Collon**, comandante de Artillería belga.
- Pliego 13 de **Geografía é Historia de Menorca**, por **D. Lorenzo Lafuente Vanrell**, primer teniente de Infantería.
- Pliego 27 de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.
- Pliego 2 de **Posesiones españolas en el Africa Occidental**, por **D. Antonio García Pérez**, capitán-profesor en la Academia de infantería.
-

ENSEÑANZAS PROVECHOSAS

Con motivo de la agitación producida en las comarcas vitícolas del Mediodía de Francia, se han puesto de manifiesto en el ejército francés síntomas de gravedad alarmante y de los que nosotros también podemos deducir provechosas enseñanzas.

El observador desapasionado habrá de atribuir los hechos á que aludimos á la falta de verdadero espíritu militar, es decir, á que ese espíritu militar, fundado en la disciplina más absoluta, en el reconocimiento de la superioridad moral de los jefes y en el arraigado sentimiento del deber, no ha llegado á preponderar y sobreponerse á la educación civil, ni á los hábitos y tendencias adquiridos por los reclutas antes de su ingreso en filas.

Achaque es este común, en mayor ó menor grado, á todos los pueblos cuya organización social es esencialmente diferente de la militar; en donde quiera que el respeto al principio de autoridad no sea muy firme, no exista una marcada separación entre unas y otras clases sociales, y se tenga una idea exagerada de los derechos y pobre de los deberes de cada cual, la verdadera disciplina militar será más aparente que real si no contribuyen á ella el tiempo, por una parte, y la vigorización enérgica de los resortes del mando, por otra.

Se observa hoy día una tendencia general á disminuir el tiempo de duración del servicio activo, y como á la vez es más difícil la misión instructora del oficial y más cosas tiene que aprender el soldado, resul-

ta ineludiblemente que la instrucción absorbe todo el tiempo disponible, en menoscabo de la educación del espíritu. Se cultiva la inteligencia del soldado y se descuida su corazón, sin percatarse de que no son los sabios, calculadores, reflexivos y á las veces egoistas, los que mejor defienden la patria, sino los hombres sencillos y entregados á la vida del sentimiento más que á la intelectual. La confesión de los japoneses á este respecto es preciosa.

Por amargas que sean estas verdades, no tienen fácil remedio, porque es materialmente imposible, por falta de tiempo, formar verdaderos soldados en lo moral y en lo intelectual. Y no cabe descuidar lo segundo para fomentar lo primero: obrar así equivaldría á huir de un mal para caer en otro de la misma gravedad.

Lo único que puede lograrse es atenuar ese vicio fundamental de que adolecen no pocos ejércitos, supliendo la escasez de tiempo con el aumento de las facultades concedidas á los jefes, sin perjuicio de castigar á quien haga un uso indebido de tales facultades, y procurando realizar por todos los medios el prestigio de la oficialidad. No bastando, en efecto, la educación y el ejemplo lentos y sostenidos para infiltrar en el espíritu de los soldados, muchos de los cuales son refractarios á las severidades y austeridades de la milicia por culpa de su educación anterior, un sano y vigoroso espíritu militar, es menester recurrir, como auxiliar eficaz, á la ejemplaridad de los medios coercitivos; bien entendido que estos han de ser puramente auxiliares, que la disciplina no ha de fundamentarse exclusivamente ni siquiera en parte principal en ellos, pero que se los aplicará con todo rigor siempre que haya motivo para ello. Dada la publicidad que hoy alcanza cualquier suceso, gracias á la prensa periódica, la menor muestra de debilidad ó lenidad en el castigo de las faltas y delitos que atentan á lo más íntimo de la existencia del ejército, tendría una trascendencia inmensa y podría causar males que aparecerían en toda su desnudez el día de una guerra.

Pero aunque el fin principal del ejército es éste, la guerra, su misión en la paz es también importantísima, y lo será más cada día como consecuencia de la divulgación de todo linaje de doctrinas perniciosas. Teniendo esto en cuenta, los sucesos del Mediodía de Francia vuelven á dar actualidad á un punto que nosotros, felizmente, aún no hemos resuelto como otras naciones, si bien se han hecho ensayos y tentativas en este sentido. Nos referimos al reclutamiento regional.

No cabe duda que si el soldado pudiera permanecer cuatro ó más años en filas, en buenos cuarteles y con un servicio de guarnición reducido al mínimo, podría atenderse por igual á la instrucción y á la educación militar, y que por un método natural y lógico, y por consiguiente de resultados más duraderos, se llegaría á formar buenos soldados. Supliendo en parte el tiempo con medidas coercitivas, podrán conseguirse

también resultados, si no tan completos, por lo menos aceptables y buenos para el tiempo de guerra, puesto que en ella están interesados todos en batir al enemigo y á todos les une un sentimiento y una aspiración comunes.

No acontece lo mismo en los disturbios que por mil conceptos diferentes estallan durante la paz, en los que puede darse el caso—como ha sucedido en Francia—que las tropas hayan de reprimir movimientos cuyos agentes y actores sean convecinos cuando no parientes de los soldados. La disciplina queda entonces sometida á una ruda prueba, porque no existiendo peligro alguno exterior, muchos soldados no disciernen con claridad los hechos, y no poseyendo un sólido sentimiento del deber y conservando las relaciones, amistades é ideas de antes de ingresar en el ejército, se ven á un tiempo solicitados por dos fuerzas opuestas: la disciplina, más formal que íntima en algunos casos, y los impulsos de su corazón. Cualquiera que sea la fuerza que predomine, la disciplina quedará quebrantada, y se habrá sembrado una semilla que acaso el día de mañana acarree la ruina de la nación.

Medítese pues friamente sobre lo que conviene más: si afrontar el peligro relatado, si disminuir el espíritu militar de los soldados y más aún el de los reservistas, ó dilatar tres, cuatro ú ocho días la movilización en caso de guerra. Lo primero equivale á un aplazamiento del comienzo de las operaciones, pero redundaría en beneficio de la consistencia y cohesión del ejército; con lo segundo, las masas estarán antes dispuestas y prevenidas, mas ¿tendrán la necesaria fuerza moral para arrostrar todas las contingencias, principalmente las adversas, de la guerra?

Por fortuna para nosotros, podemos aprender y adquirir experiencia en cabeza ajena; aprovechemos la lección, y no nos dejemos deslumbrar por el consabido patrón del ejército modelo, patrón que tan caro está costando á los franceses desde muchos puntos de vista. Y en cuanto á los medios coercitivos auxiliares de la disciplina, insistimos en que es tanto más necesaria su vigorización y fortalecimiento cuanto más se vaya borrando la disciplina en la sociedad civil.

LAS AMETRALLADORAS

Escribir ó disertar sobre la utilidad de las ametralladoras en los ejércitos modernos es tratar de convencer de lo que todo el mundo está convencido, pero es deber moral de cuantos aspiramos al perfeccionamiento de nuestro organismo armado cooperar á ello con la medida de nuestras fuerzas y proponer las soluciones conducentes á este fin, atendiendo á lo limitado de nuestro presupuesto de la guerra y procurando adoptarlo á los extraordinarios progresos de la ciencia bélica.

Las ametralladoras estudiadas un día y abandonadas luego, han adquirido tal importancia en los modernos armamentos que pasar por alto su estudio y adquisición para el nuestro equivaldría á relegar á nuestro ejército á más humilde condición que los de los más modestos Estados, á lo cual no podemos resignarnos por nuestra extensión territorial, nuestra participación actual en el concierto universal de los pueblos cultos y por nuestra historia.

Egipto, la India, Plewna, Cuba, Filipinas y por último el Extremo Oriente nos han dicho cual es el valor de esas pequeñas armas automáticas; *infantería concentrada* como se las ha llamado, pero infantería sin nervios, sin afecciones, sin espíritu de conservación siquiera, insensible á las emociones del combate y capaces de responder cual á los resultados obtenidos en las experiencias de la Escuela de tiro, circunstancia que dista mucho de encontrarse en el hombre.

Su cooperación es útil á todas las armas: Artillería puede llevarlas sustituyendo á la infantería de protección, utilizándolas para rechazar un ataque de aquella arma, proteger piezas que han quedado fuera de combate ó bien para facilitar una retirada ó cambio de posición. Es pues como auxiliar, no como arma de combate, del modo que debe llevar las ametralladoras la artillería, pues haciendo aquellas fuego inmediatas á una batería, lograrían solamente atraer el fuego de las baterías enemigas sin daño para aquellas y en perjuicio de la propia.

A la caballería en su servicio de exploración y puestos amenazados prestaría valiosos servicios para batir con ellas á las fuerzas que se opusieran á su objetivo, preparando con su fuego el momento de arrollar el obstáculo al arma blanca, para distraer fuerzas enemigas, favoreciendo el servicio encomendado á otras unidades de su arma ó para defender de un ataque imprevisto un puesto avanzado, acumulando sobre aquel puesto un fuego extraordinariamente superior al correspondiente á los hombres que lo componen.

La infantería es sin duda la que más necesita el concurso de las ametralladoras, pues siendo el fuego su único modo de combatir, aquellas multiplicarán su esfuerzo acompañándola; en la defensa de una posición, en el ataque, en la batalla de encuentro, en todos los momentos en que la infantería se bate, tienen ocasión de hacerlo las ametralladoras; la circunstancia de usar el mismo proyectil facilita su municionamiento no obstante el gran consumo, y su transporte puede amoldarse perfectamente á las especiales circunstancias del arma á que acompaña.

Expondremos á grandes rasgos la forma que en nuestra humilde opinión es más adecuada para dotar de ametralladoras á las distintas armas.

Artillería podría llevar una ó dos ametralladoras por batería de mon-

taña ó montada, adoptadas en esta última sobre armones de sus piezas ó en armones propios con sus manteletes y municiones en los mismos, de modo que pudieran hacer fuego incluso batiéndose en retirada.

Las divisiones y brigadas de caballería, sobre carros ligeros análogos al carruaje inglés para caballería sistema Máxim que permite hacer fuego á pie firme y marchando, con un ángulo de tiro de 30° en sentido horizontal y de 20° positivo ó negativo en el vertical, carruaje que por las condiciones dichas y por su ligereza conviene á todos los terrenos. Las patrullas y destacamentos de caballería ligera podrían usar una ametralladora análoga al modelo Maxim extra-ligero ó las Colt ó Sampson que pueden transportarse, ametralladora y trípode, colgados del bórren trasero de la silla y las municiones en bastes análogos á los declarados reglamentarios para las municiones de infantería por R. O. de 6 de Diciembre de 1901. En este caso se asignarían determinado número de ellas por escuadrón, que la práctica fijaría.

La infantería por ser la más numerosa necesitaría mayor número de ametralladoras, y es de gran importancia, desde el punto de vista económico, la elección de sistema de montaje y transporte, no siéndolo menos por la diferente organización que á cada sistema corresponde.

El transporte á lomo responde á las necesidades de la infantería y de cazadores—distinción establecida en el supuesto de que nuestros batallones de cazadores se organicen como tales algún día y se diferencien de los regimientos de línea en algo más que el color de los pantalones—pero este sistema puede corresponder á un montaje de trípode ó bien el combinado de rueda y caballete, y estudiados ambos, nos inclinamos por el último, toda vez que siendo desmontables las ruedas y pudiendo prescindirse de ellas, se puede en caso de necesidad reducir el número de acémilas ó destinar la de las ruedas á transportar mayor dotación de municiones, sin que pierda por ello la ametralladora ninguna de sus condiciones como arma. Este sistema tiene la ventaja de poder conducir las ametralladoras, á limonera y poder si se sufren bajas en el ganado acoplar dos ametralladoras que las conduciría perfectamente una sola mula, para lo cual estarían provistas las que llevasen á lomo las ametralladoras de atalage de pechera.

No obstante la general tendencia á dotar con ametralladoras montadas sobre carros á la infantería, insistimos en creer que ningún sistema responde á las condiciones de nuestro suelo como el montaje de caballete transportado á lomo; y así lo entienden Suiza é Inglaterra que avanzando más en esta idea dotan á sus cazadores de numerosas ametralladoras portátiles á la espalda (Máxim extra-ligero y Simpson) y que convendrán á los nuestros cuando se organicen como tropas de montaña.

Completamente opuestos á la organización de las ametralladoras co-

mo unidades independientes a las órdenes de los altos mandos, por razón que podría ser motivo de un trabajo distinto de este, nos inclinamos por la organización de compañías regimentales de tres secciones, una por batallón, con dos ametralladoras cada una por lo menos y con un grupo de cuatro ametralladoras dividido en dos secciones cada batallón de cazadores.

El personal se sacaría de las compañías procurando tener siempre en ellas otro de reserva convenientemente instruido para cubrir bajas en el servicio de las ametralladoras, perteneciendo sus individuos á las compañías de donde procedieron y figurando para los efectos de administración como un destacamento.

El mando táctico cuando se reunieran varias ametralladoras con fuerza de infantería radicaría en el más caracterizado, y la dirección del fuego la tendrían los oficiales de ellas, dependiendo siempre de las órdenes del jefe de su batallón ó regimiento.

Cada sección á lomo y montaje combinado de ruedas y caballete se compondría de; un oficial, 2 sargentos (mecánicos ó ajustadores á ser posible), 3 cabos (dos apuntadores y uno conductor), 10 soldados conductores y 6 proveedores; total 1 oficial y 21 clases é individuos de tropa; y en ganado 1 caballo para el oficial, 2 mulas para las ametralladoras y 600 cartuchos por lo menos, 2 para las ruedas y el eje, y 6 para transportar de 12 á 14 mil cartuchos por lo menos; total, 1 caballo y 10 mulos.

El modelo de ametralladoras—sin perjuicio del resultado que diera el ensayo de los modelos más generalmente aceptados Máxim, Bergman, Colt, Otchkis, Simpson, etc.—que parece reúne mejores condiciones por su sencillez de mecanismo—31 piezas—no necesitar agua para refrigerar el cañón, pues lo suple el radiador que le envuelve, su poco peso, amplitud del ángulo de dispersión y sistema de alimentación, es la Otchkis, pues si bien emplea para hacer funcionar su mecanismo los gases producidos por la inflamación de la pólvora, esto solo afecta á la velocidad inicial del proyectil que se disminuye en cantidad despreciable no constituyendo por tanto argumento detractor para su adopción.

Sería útil estudiar el modo de adoptar el cargador de nuestro fusil á la ametralladora, con lo que se daría un paso considerable en la facilidad del municionamiento, y creemos que con una ligera variación en el aparato de alimentación de la ametralladora Otchkis y reformando la chapa de nuestro cargador del fusil para poder engarzar varios formando una cadena, se obtendría la solución exacta del problema, pues siendo ya común el cartucho tendríamos común también el cargador y entonces es cuando sería la ametralladora un valiosísimo auxiliar de la infantería.

Confiamos en que dada la orientación progresiva iniciada en nuestro Ejército, la influencia que en este sentido ha de ejercer la *entente cordiale* existente con pueblos que tanta importancia dan al perfeccionamiento

de su organismo armado, y nuestra situación política frente al Imperio Marroquí, estas y otras reformas necesarias á nuestro Ejército dejarán de ser ilusiones para convertirse en realidades, y que demos otras señales de vitalidad que el aire marcial de nuestros soldados en paradas y desfiles, el recuerdo de legendarias victorias alcanzadas por nuestras armas y gloriosas epopeyas de un lejano pasado que tarde volverá.

M. VICENTE ARCONES

Capitán de Infantería

UN NUEVO TIPO DE ALAMBRADA,

APLICADO EN LA MANCHURIA

Conocido el amplísimo uso que los rusos y japoneses hicieron de las alambradas durante la guerra última, á nadie sorprenderá que se ensayaran en la Manchuria diferentes modelos de aquellas defensas accesorias y que se aplicara el ingenio de los oficiales de ingenieros á idear un tipo más eficaz que el de empleo corriente y generalizado.

En Port-Arthur se conservó el tipo general de las alambradas, si bien mejorándolo y reforzándolo, y se estudió un nuevo sistema de indisputable utilidad en casos especiales. Dejando para otro artículo el ocuparnos en las defensas accesorias de Port-Arthur, nos limitaremos ahora á describir un modelo que dió excelentes resultados en la Manchuria y que fué construido por el 5.º batallón de zapadores de la Siberia Oriental. El teniente coronel Voitsejovskii atribuye grandes ventajas á la nueva alambrada y la describe en el *Inshenernyi Shurnal*, de donde tomamos los datos y pormenores que figuran á continuación:

Como dan á comprender las figuras, la alambrada se compone de cuatro filas de piquetes, siendo la distancia entre la primera y la segunda y entre ésta y la tercera de 1 m. 422 y de 1 m. 78 la existente entre las dos últimas ó interiores. Los piquetes de las tres últimas filas están al tresbolillo, y á 1 m. 07 unos de otros dentro de una misma fila; los de la primera no se corresponden con los de la tercera; sino que aparecen corridos lateralmente 0 m. 27. Los piquetes son de longitudes diferentes y según ellas están más ó menos hincados en tierra. Entran en la composición de la defensa alambres espinosos y alambres lisos, viéndose en las figuras la organización de cada fila. Construidas éstas, se enlazan transversalmente por medio de alambres lisos, en diagonal, de modo que no resulten los del mismo sentido en una superficie—como acontece en la alambrada normal—y además formen pendientes determinadas en toda la línea, según aparece en el perfil.

Suponiendo un terreno horizontal ó ligeramente inclinado, la alambrada se sitúa 2 m. 13 detrás del glásis. Si se la acerca más á éste, el enemigo la puede salvar con más facilidad, y si se la aleja á mayor distancia queda descubierta á las vistas exteriores. La combinación de alambres lisos y espinosos y la desemejanza de los elementos de la red, dificulta en extremo el paso y la destrucción de la alambrada, resultando inaplicables las escalas y pasaderas portátiles que suelen llevar las columnas de asalto. La disposición del tegido transversal tiene como efecto el que las faginas, sacos de paja y demás materiales de relleno con los que se pretenda colmar la defensa, resbalen y caigan al fondo de la alambrada, necesitándose por consiguiente un grandísimo número de aquellos elementos para cegar el obstáculo. Finalmente, la cantidad de alambre necesario es mucho menor que en el tipo normal, obteniéndose una economía de 33 por 100 con relación á éste. Pero la principal ventaja de esta alambrada, repetiremos que estriba en la dificultad de salvarla por medio de escalas y pasaderas, en la casi imposibilidad de atravesarla y en los grandes obstáculos que opone á que el enemigo pueda acercarse á las últimas filas ó interiores para destruirlas.

Para preparar la construcción de la alambrada se organizan cuatro tajos, suponiendo que los materiales están al pie de obra.

Primer tajo: 1 zapador y 10 individuos, con zapapicos; trazan las líneas y preparan é indican el lugar donde deben de hincarse los piquetes.

Segundo tajo: 1 zapador y 10 individuos, con hachas; aguzan los piquetes y hacen en ellos pequeñas señales en forma de cruz para indicar hasta donde deben hundirse en tierra.

Tercer tajo: 1 zapador y dos grupos de tres individuos, escogen y clasifican los piquetes por orden de longitud, de modo que el 50 por 100 sean de 1 m. 55 de longitud; el 38 por 100, de 1 m. 23; y el 12 por 100, de 0 m. 92.

Cuarto tajo: un zapador y tres grupos (uno para cada clase de piquetes) de dos individuos, preparan los piquetes para que no haya dificultad al trenzar la alambrada. Los piquetes de 1 m. 55 se clasifican en dos grupos: en los del primero, cuyo número es los dos tercios del total, se labra una muesca circular 22 centímetros por encima de la señal en cruz; en el otro tercio esa muesca se hace á 9 centímetros de la marca en cruz. Después, se abre todavía en los de la primera serie una segunda incisión anular á mitad de distancia entre la primera y la cabeza superior del piquete, labor que no se efectúa en los de la segunda serie (un tercio). Si no se dispusiera de ganchos ó escarpías para sujetar el alambre á las cabezas, se haría en éstas una tercera incisión á 5 ó 6 centímetros del extremo. Los piquetes de la primera serie se ponen en las filas extremas de la alambrada, y los de la segunda serie en la tercera fila.

Los piquetes de 1 m. 23 se dividen también en dos series: el 70 por

10) se preparan exactamente lo mismo que los de la segunda serie de 1 m. 55; y el 30 por 100 restante como los de la primera serie de 1 m. 55, con la diferencia de que las muescas no se labran á 22 centímetros de la señal en cruz, sino á 18 centímetros.

Finalmente, los piquetes de 0 m. 92 se preparan todos como los de la segunda serie.

Claro es que el tajo encargado de marcar las señales que han de indicar hasta donde deben de hincarse los piquetes, ha de conocer de antemano ese dato, variable de unos piquetes á otros, según enseñan las figuras.

El teniente coronel Voitsejovskii afirma que el tejido de alambre es mucho más fácil y rápido que cuando se emplea el modelo ordinario; los soldados de infantería no necesitan más de cinco minutos para aprenderlo.

Si realmente, como parece deducirse de la descripción que precede, la nueva alambrada ofrece las ventajas de exigir menos materiales, ser de construcción más rápida y dificultar el paso de las columnas de asalto, convendría que se la ensayase prácticamente en nuestro ejército, sin olvidar que entre las condiciones esenciales que debe reunir figuran en lugar preferente las de no permitir el tendido de escalas y pasaderas sobre ella, ser de difícil destrucción y no prestarse á que el enemigo pueda cegarla. Por estos motivos, no debe aceptarse ó rechazarse ningún nuevo tipo de alambrada, sino después de haberlo sometido á repetidas prácticas de escalada, asalto y destrucción; pruebas que deseáramos ver extendidas y generalizadas entre nosotros en los ejercicios que llevan á cabo la infantería y las tropas de zapadores.

JUAN ÁVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros



EL MODERNO COMBATE DE INFANTERÍA

En nuestro colega *Revista Militar*, de Portugal, encontramos el extracto de una conferencia muy interesante del capitán Solovieff, que hizo toda la campaña de la Manchuria mandando una compañía del I cuerpo siberiano.



Muchas cosas aprendidas en tiempo de paz son inútiles en la guerra, y, recíprocamente, en el campo de batalla es indispensable saber una porción de cosas que no se enseñan nunca. En la guerra, todas las faltas y negligencias se pagan caras y de un modo cruel.

*
*
*

La artillería empieza á hacer sentir su acción cuando los adversarios se encuentran á 5 ó 6 kilómetros el uno del otro, pero en este período las baterías se limitan casi exclusivamente á luchar entre sí, y sólo por excepción disparan contra las masas de infantería, si se presentan al descubierto; es por consiguiente posible continuar avanzando en orden de marcha.

A partir de 3 kilómetros, el fuego de artillería es demasiado eficaz para que esta formación pueda conservarse. El despliegue en guerrilla debe hacerse por compañías enteras y á veces por batallones, porque las fracciones que marchen 3 ó 400 metros detrás de la cadena están expuestas á un fuego tan mortífero como el que recibe esta última. Únicamente las reservas del regimiento, dejadas muy atrás y en lo posible abrigadas, pueden mantenerse en una formación concentrada. No tarda en llegar el momento de que la guerrilla resulte impropia; se impone un mayor fraccionamiento y el avance escalonado y á la carrera, de abrigo en abrigo; cada uno de estos avances debe efectuarse en pequeños grupos, en fila india, á diez pasos de distancia; los hombres han de correr con toda la velocidad que puedan, agachándose y utilizando la ondulación del terreno. Por eso resulta indispensable que el hombre que va en cabeza esté acostumbrado á elegir rápidamente la dirección más ventajosa.

A los 2 kilómetros, las pérdidas causadas por el fuego de infantería comienzan á ser sensibles; á 1.000 metros son considerables, pero el enemigo continúa invisible. Este es el rasgo característico del combate moderno; las balas de fusil y los balines de los shrapnels llueven por todos lados, sin que sea posible determinar los puntos de donde parten.

El fuego llama al fuego; es imposible recibir semejante lluvia de proyectiles sin responder. Los reglamentos ordenan que no se tire á grandes distancias sino contra objetivos grandes y muy visibles, pero esta prescripción no puede obedecerse. Para sostener la moral de la tropa se ha de romper el fuego á grandes distancias y contra objetivos muy inciertos.

Resulta pues que de uno y otro lado se tira sin ver, con extraordinaria rapidez, confiándose en que la intensidad del fuego compense la falta de precisión. Tal fué el método seguido por rusos y japoneses. Durante la batalla de Liao-Yang, el regimiento de tiradores número 34, que contaba 1.900 hombres, disparó 1.200.000 cartuchos, ó sea 640 por hombre.

Pero no hay que lamentar sólo el consumo enorme de municiones; el arma se gasta y no tarda en deteriorarse. En ciertos combates, las partes de madera de los fusiles llegaron á carbonizarse por la elevación de temperatura debida á un tiro rápido y prolongado.

Compréndese cuán difícil es el empleo de las reservas bajo un fuego que barre el terreno en todos sentidos; es imposible ninguna evolución en orden cerrado; sólo cabe moverse en orden disperso. Los magníficos

ataques en masa, recomendados por ciertos teóricos y que aún se ejecutan en los ejercicios, conducirían á espantosas matanzas.

No obstante, es muy cierto que el fuego no basta para desalojar al enemigo de su posición; es menester hoy, lo mismo que en otros tiempos, acudir á la lucha cuerpo á cuerpo, á la bayoneta. Pero este ataque no ha de ejecutarse de la manera teatral recomendada por ciertos autores; debe consistir en una serie de esfuerzos, en una sucesión de choques, del mismo modo que las olas del mar baten un dique hasta destruirlo. Este ataque final exige para su preparación no sólo algunas horas, sino días enteros; la última posición, desde la cual ha de partirse para arrojarse á la bayoneta contra el adversario, no dista, como en otros tiempos, 200 ó 300 metros, sino 20 ó 30, de las líneas enemigas.

Los adversarios se hallan, pues, frente á frente, al alcance de la voz, hasta que uno de ellos se lanza contra el otro á la bayoneta; esta arma conserva toda su antigua importancia, como lo demuestra el hecho que de cada 100 hombres puestos fuera de combate, 85 lo fueron por el fuego de la infantería, 8 por el de artillería y 7 por el arma blanca.

La extraordinaria duración de las batallas exige una energía poco común para resistir las fatigas y privaciones. Imagínese qué temple de alma se ha de poseer cuando durante varios días y en un menguado trozo de terreno se ha de combatir, comer y dormir al lado de compañeros heridos y muertos; de día, el fuego enemigo no deja un momento de tranquilidad; de noche, el continuo temor á verse sorprendido, la obscuridad, el silencio, el no poder fumar... Nunca el valor moral del soldado ha tenido tanta importancia, ni ha sido tan grande la influencia del oficial. Fácil es imaginar la dificultad que presenta la dirección, bajo el fuego, de 200 hombres dispersos en un frente de 300 metros.

La disciplina ha de ser de hierro; su necesidad no se manifiesta en ninguna ocasión como en el combate; la tropa que no está poseída en tiempo de paz de un hondo y férreo espíritu de disciplina, espilará cruelmente esta deficiencia en la guerra.

Finalmente, teniendo en cuenta el número de reclutas que han de ser llamados á filas al estallar la guerra, se impone que los cuadros sean excelentes y muy numerosos, aunque resulten excesivos en tiempo de paz.

LA FORTIFICACIÓN RÁPIDA Y LAS TROPAS DE INFANTERÍA

El coronel de ingenieros Pío Spaccamela ha publicado en la *Rivista de Artuglieria e Genio* un interesante artículo acerca de los trabajos de fortificación rápida que debe ejecutar la infantería, asunto que á pesar de su relativa antigüedad aún no ha sido resuelto en ningún ejército de un modo enteramente satisfactorio. Los razonamientos principales del articulista se expresan á continuación.

Siendo el tipo normal de trinchera el modelo para hacer fuego rodilla en tierra se requieren treinta minutos para terminarla, lapso de tiempo demasiado prolongado para que la labor quede á cargo de un sólo tajo de trabajadores. Los útiles de mango corto que suele llevar la infantería hacen muy penoso el trabajo, porque el soldado ha de permanecer encorvado y en una posición incómoda, tanto más molesta si se está bajo el fuego enemigo. Además, cuando el combate es inminente no conviene fatigar al soldado; éste, por otra parte, se desanima y pierde su moral si se le obliga á permanecer á pie firme expuesto al tiro enemigo, inconveniente que se palia mucho cuando la tropa hace fuego y se mueve. Por estos motivos, conviene reducir la duración del trabajo á diez ó quince minutos, descansando otro tanto antes de reanudar aquél.

Desde el punto de vista táctico, la dotación de útiles—80—de una compañía de infantería, no permite construir una trinchera de más de 48-58 metros, ó sea una longitud insuficiente para cubrir á una compañía. El frente de combate de una compañía puede llegar á 150 metros, según el reglamento alemán y á 150 pasos según el austriaco; se comprende desde luego que si una compañía en pie de guerra cuenta siquiera con 200 fusiles, no ocupará menos de 150 metros cuando despliegue. Las observaciones de von der Goltz sobre la guerra anglo-boer, y las de Kuropatkin sobre la ruso-japonesa, confirman que en la guerra futura ha de buscarse el éxito, no en la reunión de las tropas, sino en la sutilidad de las líneas de ataque y en la extensión de éstas.

Evidentemente no convendrá construir trincheras continuas de 150 metros, porque será muy difícil adaptarlas al terreno, y expondrían á accidentes gravísimos si el enemigo conseguía batirlas de enfilada. Preferible será construir la trinchera en secciones. En cada pelotón, los soldados provistos de útiles formarán en una fila, á la distancia uno de otro de 1.56 metros; algunos pasos atrás, los demás soldados se mantendrán dispuestos á renovar á los primeros; éstos procurarán construir en 10-15 minutos una trinchera, que podría llamarse de tiradores *agachados*, de menor perfil que el normal, y enseguida serán relevados por la fila de retaguardia, alternando el trabajo y el descanso hasta quedar concluida la trinchera para tirar rodilla en tierra, si se dispone de tiempo suficiente, para tirar de pie, trinchera que ha de considerarse, por sus ventajas, como el tipo normal. El capitán de la compañía indicará á los comandantes de pelotón, el trazado y situación respectiva de cada sección de trinchera.

Este método permitirá construir una trinchera de 31-32 metros por pelotón (sección nuestra), de suerte que, suponiendo que el pelotón conste de 50 fusiles, cada soldado dispondrá de 0.68 metros de línea de fuego. Las trincheras de esa longitud pueden adaptarse al terreno mucho mejor que las largas, se las puede escalonar para evitar el fuego de enfilada, y

no hay inconveniente en separarlas ó acercarlas entre sí, puesto que cada una está á las órdenes de un oficial. Podría también tomarse como tipo la trinchera para medio pelotón, pero no conviene una mayor subdivisión, lo que dificultaría el mando.

Durante la construcción de la trinchera, los hombres disponibles se dedicarán á despejar el campo de tiro y disimular la defensa. El reglamento alemán dice: «Las fortificaciones campales pierden gran parte de su valor si facilitan al enemigo el reconocimiento de la posición». Será muy difícil, sin embargo, el ocultar las trincheras si la posición no ha sido cuidadosamente elegida y organizada. El general Hamilton, refiriéndose á la batalla del Yalú, escribe: «Hubiera sido muy fácil el construir reparos artificiales bajo la forma de pozos de tirador ó cortos trozos de trinchera entre las irregularidades existentes en las laderas de las alturas, sin que se hubieran podido descubrir, sino con grandísima dificultad, aún á la distancia de algunos centenares de metros. Pero los rusos no quisieron utilizar el terreno de este modo, prefiriendo construir largas trincheras con sencillos parapetos completamente visibles y revestidos con ramaje. Así, renunciaron á la ventaja que les ofrecía aquel terreno de roca tan movido». Puede concluirse que cuando las trincheras no se puedan ocultar convenientemente ó facilitan al enemigo el descubrir la posición, será preferible abstenerse de tales trabajos.

Respecto al modo de transportar los útiles, parece fuera de toda duda la necesidad de que cada soldado lleve el suyo. Napoleón, hace un siglo, recomendaba ya esta distribución y pretendía que el soldado llevara siempre el útil, como el fusil. En la última guerra ruso-japonesa, los japoneses se quitaron alguna vez las mochilas, pero no abandonaron nunca los útiles de zapador. El reglamento alemán permite que la tropa se despoje, en ciertos casos, de la mochila, pero no de los útiles de fortificación. De manera que hoy día esos útiles son para el soldado de absoluta necesidad, lo mismo que el fusil. Puede aceptarse también la práctica seguida en el ejército austriaco, en el cual van provistos de útiles todos los soldados de la primera fila.

En modo alguno conviene que la distribución de útiles sea facultativa dentro de cada compañía, designando el capitán los pelotones que deben hacer uso de aquéllos, ni admitir que los pelotones los vayan empleando por turno. No es posible conocer *á priori*, hoy menos que antes, cómo se desenvolverá un combate, por lo cual, si la distribución de útiles se ha hecho en previsión de determinadas eventualidades, es muy probable que éstas no se desarrollen como se había supuesto; si la distribución no tiene lugar hasta el momento de empezar el trabajo, se perderá un tiempo precioso y se aumentará la confusión producida por el combate; en ocasiones, sobre todo en la ofensiva, será materialmente imposible el construir una obra ligera en el punto y momento en que aparezca su ne-

cesidad. Es pues mucho más racional el distribuir los útiles del modo expresado.

El reglamento italiano prescribe que en el combate el soldado llevará el útil al lado izquierdo, pasando el mango entre el cinturón y el cuerpo; pero si se piensa en los movimientos que habrá de efectuar el soldado durante la acción, los obstáculos que ha de vencer, las diferentes posiciones que ha de adoptar, el modo de avanzar, á veces agachado y aún á rastras, habrá de convenirse en que la referida colocación del útil resulta incómoda para el soldado y expone á perder aquel instrumento. Parece más natural y mejor adoptar un segundo tahalí, en el lado izquierdo, del que pendiera el útil lo mismo que pende el sable bayoneta.

Resumiendo lo expuesto, se puede concluir:

1.º Que el relevo de los grupos de trabajadores ocupados en la remoción de tierras se efectúe cada 10-15 minutos, y no cada media hora;

2.º Que la longitud de frente asignado á cada trabajador sea de 1 metro 56, ó sea dos veces y media la longitud del útil de mango corto.

3.º Que la construcción debe hacerse, ordinariamente, por pelotones ó medios pelotones, con objeto de adaptarla mejor al terreno, tener mayor elasticidad en la organización del frente, reforzándolo, aumentando ó disminuyendo los intervalos entre los trozos de trinchera, prevenirse contra el tiro de enfilada y los shrapnels;

4.º Que en tiempo de guerra conviene distribuir los útiles de mango corto á todos los hombres de primera fila de cada compañía;

5.º Que conviene adaptar al cinturón un segundo tahalí para llevar el útil sin peligro de perderlo, tanto si la tropa conserva puesta la mochila como si se la quita.

Para terminar, debe llamarse la atención sobre la conveniencia de que las tropas de infantería se ejerciten en el empleo de los útiles de mango corto y se persuadan de la utilidad de los mismos en la guerra. Todos los oficiales deben estar acostumbrados á valerse de la fortificación del campo de batalla en tiempo y lugar oportunos, con objeto de obtener de ella todos los importantes servicios que puede prestar.

Resulta pues la necesidad de una «Instrucción» redactada en armonía con los progresos de las armas de fuego y las consiguientes variaciones de la táctica.

TEMAS PARA LAS MANIOBRAS DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA

Hemos recibido los temas para las maniobras generales de Infantería y Caballería, redactados por el Estado Mayor Central. Los temas son tres para cada arma.

Los de infantería comprenden: un ejercicio de avance de una compañía bajo el fuego enemigo, en un terreno movido; el servicio de seguri-

dad encomendado á una compañía como gran guardia; y la marcha de una compañía en la extrema vanguardia de un batallón que á su vez presta este mismo servicio con relación á otra unidad táctica superior que no dispone de caballería.

Los temas de caballería, concretados al escuadrón, comprenden: el servicio de exploración de una división de caballería, que precede dos jornadas al ejército de vanguardia; la maniobra que debe ejecutar un escuadrón de dragones, que marcha á tres kilómetros de su regimiento, al recibir el aviso de que se aproxima á su encuentro, al trote, un regimiento de lanceros enemigo, el cual á los seis minutos aparece á la vista; y el servicio complementario de seguridad de dos grandes guardias de infantería, teniendo á su cargo las patrullas de ronda y la exploración lejana.

Todos los temas están enunciados con perfecta claridad y concisión; á cada uno acompaña un croquis detallado, constituyendo problemas prácticos y sacados verdaderamente de la realidad.

Recomendamos á todos los oficiales, incluso á los jefes, el estudio y la resolución de los temas mencionados, labor que les ha de reportar positivo provecho, porque no se trata de una mera especulación, sino de situaciones concretas y que se presentan todos los días en la guerra.

Para que la utilidad de los temas fuese la mayor posible, convendría que el Estado Mayor Central completase su meritoria labor dando gran publicidad á las soluciones más acertadas.

BIBLIOGRAFÍA

El Regimiento de Vad-Ras en el atentado á SS. MM. los Reyes de España, por D. Sinforiano Gómez Hernández, capitán de infantería.—Madrid, 1907.—260 páginas y varios grabados (20 × 15).

Este libro constituye un sentido recuerdo, muy bien documentado, de la horrible tragedia del 31 de Mayo de 1905 y de la participación que en ella cupo, por triste privilegio del destino, al regimiento de Vad-Ras; y es también un delicado homenaje á las víctimas de aquel horrendo suceso, y el ejemplo de serenidad y disciplina que ofrecieron las tropas de aquel brillante Cuerpo. Altamente plausible es la idea que ha inspirado al Sr. Gómez Hernández, quien ha estado además muy acertado y discreto en el desarrollo de la misma, huyendo de lo que pudiera parecer inspirado por los lazos de afecto y compañerismo y consiguiendo que los hechos hablen por sí mismos.

Tributamos un sincera aplauso al autor, y saludamos con efusión al señor coronel D. Gavino Aranda y al Regimiento á sus órdenes, por haber sabido aunar los sentimientos de piedad hacia las víctimas, con el amor á nuestros Soberanos y con la actitud firme é intachable y digna de todo elogio en momentos verdaderamente de prueba, por lo inesperado del odioso atentado.